

JUAN COMAS, 1958. *La educación ante la discriminación racial*. Suplemento del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos, N° 5. Segunda serie, pp. S-5-82 a S5-137. Universidad Nacional Autónoma de México.

Es interesante señalar que el original fue preparado a instancia de la Unesco, con el propósito de que maestros y educadores en general contasen con elementos en los que se pudiesen basar para difundir y ejemplificar que no existen razones biológicas científicamente serias que apoyen las creencias sobre discriminación racial más o menos difundidas en algunas regiones. El original del doctor Comas fue acogido por los especialistas que lo vieron de la manera más favorable, pero la Unesco no consideró que su publicación, después de todo, era "conveniente", opinando, pensamos, que el texto, aunque irreprochable, era demasiado claro. Es muy grato que haya tenido acogida entre las publicaciones de la Universidad.

En las 52 páginas de que se compone el trabajo, analiza el doctor Comas la génesis de los prejuicios, que lleva a los individuos a establecer jerarquías erróneas, indicando que uno de los factores decisivos por parte del educador será su propia actitud. Examina los factores psicológicos y culturales que fomentan los prejuicios raciales indicando que hay que irlos deshaciendo lentamente, ya que un ataque brusco del problema puede ser contraproducente. Sin que intentemos justificar, sí encontramos aquí frases que nos hacen comprender la campaña lenta, aunque progresiva, que en contra de la discriminación de negros se sigue aparentemente en Estados Unidos. Se extiende, sobre todo, el autor en los prejuicios de tipo biológico o "racial", demostrando teóricamente y en muchos ejemplos que, aunque hay variedades físicas, éstos no implican para nada "superioridad" o "inferioridad" congénitas. En inciso aparte proporciona sugerencias para luchar contra los conceptos de "superioridad" o "inferioridad".

Señala que en nuestro continente la discriminación racial motivó la discriminación económica que todavía hoy mantiene a sectores de población en un plano de dependencia, explotación e ignorancia que debe dejar de existir.

En bibliografía seleccionada se complementan las obras citadas en el texto.

Es un trabajo conciso y bien dirigido que cumple ampliamente el propósito que se propone.

S. G. T.

FRANCISCO LARROYO, *Vida y profesión del pedagogo*. Ediciones Filosofía y Letras, N° 22. Imprenta Universitaria. México, 1958. 115 pp.

Este libro trata de la ciencia pedagógica, de su trascendencia social, de su desarrollo histórico y de su perfeccionamiento en un futuro próximo, considerada en sus más relevantes perfiles humanos.

Después de haber definido al maestro como un hombre del tipo "social"; después de analizar los factores de su vocación y las condiciones que debe reunir para realizarla; ya que fijó, en fin, las tremendas responsabilidades del pedagogo ante el educando, ante la familia y la

comunidad, el autor se declara partidario de la reforma de los estudios de pedagogía en la Facultad de Filosofía y Letras.

Según el reglamento que contiene la reforma de estos estudios, existen dos niveles: el nivel de la Maestría y el nivel del Doctorado en pedagogía. Y examinando substancialmente ambos niveles, Francisco Larroyo da al final con un intrincado problema: para formar especialistas, es necesario contar de antemano con especialistas; y en México no hay un cuerpo de doctores en pedagogía. ¿Cómo entonces, será posible la formación de doctores en pedagogía?

La única solución es ésta: alguna vez tenía que empezarse. Evidentemente. Se trata, pues, de "convertir a la Facultad de Filosofía y Letras en un taller de investigación, en una fábrica de invenciones". Sólo de este modo podrá acometerse, y ahora mejor que mañana, la empresa que tanto importa llevar al cabo.

A. B. N.

JORGE L. TAMAYO, *Epistolario de Benito Juárez*. Fondo de Cultura Económica. México, 1957. 638 pp.

Con motivo del centenario de la Constitución de 1857, el Banco Nacional Hipotecario Urbano y de Obras Públicas,



S. A., patrocinó la edición de este *Epistolario*. Libro que representa, a la vez que un tributo de lealtad a la memoria del Benemérito de las Américas, un meritorio esfuerzo encaminado a divulgar aspectos de la personalidad de Juárez que no son muy conocidos, y los cuales, se supone, en ninguna parte pueden aparecer mejor delineados que en sus cartas privadas.

Trabajo hecho con empeñoso cuidado, la mayor dificultad de este libro debió de consistir, más que en hallar los textos de que consta, en seleccionar los más significativos. Solamente el archivo de Juárez cuenta con 12,172 documentos. Y las cartas que aquí se publican no provienen sólo de este archivo. Sin embargo, no parece que su lectura pudiera dar por resultado una revisión de la personalidad del gran hombre.

Es verdad que si las cartas de Juárez lo muestran inflexible y austero en asuntos de interés para la patria, en cambio, lo presentan afectuoso con los amigos y tierno para las personas de la familia. Pero bien mirado esto no debe extrañar a nadie. Porque Juárez era impasible, pero no imposible. Y hubiera sido humanamente imposible un hombre que en todos los momentos de su vida se mantuviera en la actitud hermética bajo la cual lo concibe el sentimiento popular.

A. B. N.

FRANCISCO LARROYO, *La filosofía americana, su razón y su sinrazón de ser*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1958. 319 pp.

Una visión crítica de la filosofía en América y de la filosofía *Sub Specie Americae*, es lo que nos ofrece en éste, su más reciente libro, el doctor Francisco Larroyo. Al lado de quienes se han ocupado desde los más diversos puntos de vista del tema de la filosofía americana, surge ahora el pensamiento crítico de Larroyo, quien con un enfoque rigurosamente lógico y metódico se plantea en forma de problema lo que llama *razón y sinrazón* de la filosofía americana. Cinco grandes capítulos dan estructura a su libro. A través de ellos, el autor, como lo confiesa ya en su *Proemio*, ha intervenido en un diálogo extremadamente interesante. De hecho ha caído en lo que él llama "un peligro": al reflexionar sobre la filosofía americana, sus tipos históricos, la historiografía americana y la filosofía de la historia de América, se ha convertido en un auténtico americanista.

Con el rigor y la precisión características del pensamiento de Larroyo, comienza por plantearse lo que constituye el problema principal: al hablar de una filosofía americana, ¿simplemente se está tratando de los aportes de América a la filosofía, "de parecida manera como se habla de una filosofía alemana, francesa, etc.?", ¿o se trata más bien de una temática relacionada primordial, si no es que exclusivamente con los hombres de América? ¿Se trata, según la acertada expresión de Larroyo, de una filosofía *Sub Specie Americae*?

En busca de una respuesta, pasa revista el autor a las diversas formas y temas de la filosofía americana: la filosofía americanista, la filosofía de la raza cósmica de Vasconcelos, el pensamiento de lengua española, la filosofía americana como mística de la tierra, etc. Después de examinar con algún detenimiento dichas formas de filosofía americana, presenta Larroyo lo que él llama diversos tipos históricos de filosofar en América. El *tipo histórico*, como él mismo lo dice, "no es algo abstracto, algo así como los filosofemas que en la historia de las ideas se producen y reproducen". Se trata de "filósofos de carne y hueso, insertados en una circunstancia vital, atraídos por peculiares cuestiones". Ellos son quienes protagonizan los tipos históricos. Partiendo del descubrimiento de América, muestra Larroyo diversos tipos de filosofar hasta llegar a la época actual. Al presente, usando sus palabras, nos encontramos en lo que puede llamarse "etapa de la normalidad filosófica".

En el capítulo III, "Precisiones críticas", es en el que Larroyo expone su propio punto de vista. Ante todo, "puede hablarse de una filosofía americana, como función o forma de vida teórica de hombres de América". Todavía más, "es lícito aceptar una filosofía americana a título de una peculiar realidad histórica, típica de ejercer la filosofía en América". Es posible además, como es obvio, la existencia de un aporte creador de Iberoamérica a la filosofía universal. Finalmente, existe ya y es particularmente interesante, la presencia de una reflexión filosófica sobre la historia de América. Ta-

les son los diversos sentidos en los que ve Larroyo *la razón* de la filosofía americana.

Particularmente este último punto, al que dedica el autor los capítulos IV y V de su libro: "La historiografía americana" y "La filosofía de la historia de América", son a sus ojos el campo en el que de modo más interesante y amplio tiene sentido la existencia de una filosofía sobre América y sobre diversas instituciones culturales florecidas en nuestro Continente. Sumamente interesante resulta la consideración que hace Larroyo sobre la influencia ejercida por los historiadores y cronistas que durante el siglo XVI escribieron acerca de las culturas indígenas del Nuevo Mundo. Con ellos se inició el método etnográfico de historiar. En realidad el modo como escribieron su historia, observando y contemplando la realidad vino a constituir una nueva tendencia que influyó de hecho en la historiografía europea de la época. En la actualidad entre las diversas formas de historiografía de América, señala Larroyo la de aquellos que tratan de comprender el pasado intentando una reconstrucción "desde dentro". Por lo que a México se refiere señala como ejemplos de esta forma de historiografía los trabajos de Edmundo O'Gorman, Justino Fernández, Ortega y Medina, Angel Ma. Garibay K., Paul Kirchhoff, etc.

Numerosos son los problemas, netamente americanos, a que da origen la reflexión filosófica sobre la historia de América. Temas como el de la idea del descubrimiento de América, la invención de América, que han constituido el objeto de la reflexión de Edmundo O'Gorman, la exégesis de América, llevada a cabo por Alfonso Reyes, lo que llama Larroyo profecía y expresión de América de Henríquez Ureña, constituyen sólo algunos ejemplos de esa forma de filosofía sobre la historia de América. Muchos otros problemas podrían mencionarse, de acuerdo con el pensamiento presentado por Larroyo. Sin embargo, parece que son suficientes los ya citados.

En resumen, puede afirmarse que sin negar Larroyo que las circunstancias de espacio y tiempo propios del hombre americano, a través de sus diversos tipos históricos, han influido la filosofía en América de un modo característico, sí parece del todo cierto que el campo de preferencia en el que Larroyo ve mayores posibilidades para la filosofía americana, es en el de la reflexión filosófica sobre las diversas etapas de la historia de América. Tal forma de reflexión con un enfoque cultural y eminentemente humanista, apoyado en un conocimiento profundo de las fuentes y valiéndose de la metodología lingüística y filológica, etc., lleva a la producción de "fecundos estudios sobre el ser y sentido de América como entidad histórica". En este sentido "la filosofía americana, así, es una filosofía de América".

Como puede verse por la breve presentación hecha de los principales temas de este último libro del maestro Larroyo, se trata de una obra que si bien puede constituirse en tema de discusión, no puede negarse que plantea un modo distinto de ver a la filosofía americana. Este libro podrá provocar el desacuerdo o la aprobación, pero no podrá pasar desapercibido. Se trata de un análisis crítico, obje-

tivo y amplio de las grandes corrientes del pensamiento americano. Aquéllos de los contemporáneos cuyo pensamiento se analiza o se estudia, juzgarán mejor que nadie la objetividad del libro de Larroyo. Su tesis principal de una filosofía americana como reflexión sobre la historia de América, convierte a Larroyo en un americanista y abre el campo a una nueva posición que no deja de relacionarse, como un tipo de filosofía en América, con las más elevadas expresiones de la filosofía de la cultura.

M. L. P.

MARINA ROMERO, *Paisaje y literatura de España. Antología de los escritores del 98*. Madrid. Editorial Tecnos, S. A., 1957, 430 pp.

Este espléndido volumen en tela, de 20 por 25 cms. de formato, ilustrado con sesenta láminas en color y siete en blanco y negro, es una antología de paisajes que la profesora Marina Romero escogió en las obras de Azorín, de Baroja, de Juan Ramón Jiménez, de Antonio Machado, de Unamuno, de Valle Inclán y de Juan Maragall y que después, la antologista, ya "sobre el terreno", fotografió en una gozosa y emocionada odisea —llamémosla así—, por las ciudades, a lo largo de los caminos y a través de los campos de España.

El volumen trae un enjundioso prólogo, bellamente orteguiano, de Julián Marias, y un ameno, un ingenioso, un serio y a la vez gracioso "Estudio preliminar" de Marina Romero, en que nos relata ella sus aventuras de fotógrafa por casi toda España y sus pláticas con la hermana de Azorín, con la esposa de Valle Inclán, con una hija de Unamuno, con Pío Baroja en persona y con otras gentes de apellidos que han sonado mucho en el mundo unidos al nombre de España.

¡Qué fotografías las de esas tierras que alguien tan bien ha llamado nobles! Abramos el libro en la página 40: a la izquierda, un texto de Unamuno de *En torno al casticismo*, y a la derecha, una lámina con esta leyenda: "Salamanca: Campos de Castilla". Los clamores de Unamuno parecen vibrar sobre la llanura clásica, par-

da y dorada, y subir hacia ese cielo de nubes grises, de nubes azulinas y blancas, que cubren la inmensidad en dramáticos desgarramientos.

La lámina en la página 48: "Salamanca: La Flecha y el Tormes". Esta ilustración, en el justo sentido de la palabra, ilustra las resonancias archipoéticas de esos tres nombres ilustres. Así es, y no de otro modo debe de ser, Salamanca; allí sueña, secularmente, La Flecha; por allá, celeste, bordeado de árboles como husos verdes, fluye el Tormes.

Saltemos la hermosa vista de la catedral de León, saltemos —vamos de vuelo— las de los maravillosos panoramas de Guadalupe y de Zamora y otros más, no menos hermosos, y detengámonos en la página 98 —no en vano estamos llenos del espíritu del 98— y ¿qué hallamos? Ilustrando el patético poema que comienza

*Corral de muertos, entre pobres tapias
hechas también de barro...*

nos asombra una visión del mismo cementerio castellano que inspiró esos versos. En la cumbre de una colina —piedras grises y grama florida—, cerrando el horizonte y bajo un cielo azul, muy azul, se yerguen las tapias, las mismas tapias del

pobre corral donde la hoz no ciega...

La sección consagrada a Antonio Machado se abre con una reproducción del retrato de Sorolla y con el "Retrato" —o autorretrato—, en que consiste el poema xcvi. En la página siguiente nos suspende una vista del jardín del Palacio de las Dueñas de Sevilla. Los colores de las palmas, de las plantas, de las flores, de las ornamentadas arcadas del palacio; todos estos colores vivos, brillantes, parecen arder bajo la luz del mediodía.

En la página 106 nos entusiasma una vista de Soria, de San Juan de Duero. El poema adjunto —el cxxv—, comienza así:

*En estos campos de la patria mía,
y extranjero en los campos de mi tierra
—yo tuve patria donde corre el Duero
por entre grises peñas...*

Hay en esta sección tres vistas más de Soria, como escapadas de los poemas y una de la sierra del Guadarrama. Machado, todo lo esencial en Machado, —paisaje, melodía y reflexión— está aquí, entre las páginas 101 y 133.

Y llegamos a Azorín. ¡Qué vistas las de Cádiz! Arcos de la Frontera, río Guadalete; luego Segovia y el Alcázar; y luego Albacete y Alicante: Villena. En lo alto, el Castillo de Sax.

Es imposible mencionarlo todo. Son, como queda dicho, sesenta láminas en color y cada una de ellas está llena de literatura.

Las secciones consagradas a Baroja, a Juan Ramón, a Valle Inclán y Maragall ofrecen, como las anteriores, un paralelo tan justo, tan armonioso de los paisajes literarios y de los fotográficos, que experimentamos un sentimiento de gratitud hacia esta profesora de Douglas College, poetisa de finos matices, que en una jira por la patria distante —Marina Romero hace varios años que enseña en la Universidad del Estado de New Jersey— nos presenta tan exquisitamente este testimonio de andanzas y visiones españolas propias y ajenas.

H. R.-A.

